

de las corrientes y movimientos culturales que se oficializaron y perdieron fuerza al inhibir otras expresiones del pensamiento con una suerte diferente. Pero quizás también sobrevivió el positivismo que en su afán de la demostración empírica, del método de las ciencias, inhibió la libertad para exponer las nuevas ideas e incluso los desacuerdos.

El libro de Carlos Illades es un fresco vivo del universo de las ideas a discusión durante la segunda mitad del siglo XIX, un universo abigarrado porque se mezclaban las influencias del pensamiento extranjero con las ideas de los pensadores mexicanos. La riqueza cultural de esos años ha quedado en buen resguardo porque muchas de sus expresiones resultan desconocidas, catalogadas en los inventarios de los archivos a la sombra de las que tuvieron la suerte de convertirse en canon de las ideologías oficialistas. Poco ha quedado de ese cúmulo de ideas, de las polémicas, y lamentablemente lo que sobrevive es la costumbre de que lo que no alcanza el consenso del Estado con sus intelectuales orgánicos es colocado en el desván de la historia. Esto continuó sucediendo en el siglo XX y cada vez será más difícil oponerse a esa suerte de pontificación de los personajes cómodos, que ahora es reforzada por los medios y la cultura mediática destinados a imponer las modas culturales, contribuyendo a la construcción de los mitos oficiales que, por lo demás, no sólo son impuestos por el Estado. Todo esto es lo que hace atinadamente la investigación sobre temas como el que ahora se nos ofrece, la historia de alguien como Plotinio Constantino Rhodakanaty que, como dice el autor: "Más que un militante revolucionario, Rhodakanaty fue un predicador social cuya fuerza no residía

en la acción, sino en un acervo de certezas" (p. 128).

Carlos Martínez Assad
ISS-UNAM

Jean Pierre Goubert (dir.), *Du Luxe au Confort*, Berlín, París, 1988, 192 pp.

En el estado actual del desarrollo económico mundial, uno de los deberes de un Estado democrático es el de prever las "necesidades" de los ciudadanos para organizar las redes de energía, los modos de comunicación, las infraestructuras industriales que se volverán necesarias para poder satisfacerlas. Si a ello añadimos el hecho de que el consumo familiar se ha vuelto un indicador bursátil fundamental para conocer la salud económica de un país, se vuelve más fácil entender por qué un todopoderoso ministerio francés como el del "*Équipement*" haya sentido la necesidad de reunir algunos de los mejores historiadores y sociólogos del momento en un seminario centrado sobre el análisis de la noción de confort y de la actitud pasada de la población francesa frente a las transformaciones de su vida cotidiana. Este libro colectivo es el resultado de ese seminario multidisciplinario que puso a dialogar a los técnicos con los especialistas en ciencias sociales en torno al concepto de confort. El sociólogo Michel Marié explica en el prefacio que ese intercambio fue un intento de aprehender ese fenómeno histórico-social, las prácticas que componen esa cualidad de vida a la que hemos llamado confort. El resultado del seminario fue mostrar que lo que se esconde tras la palabra confort es mucho más que un simple problema técnico

o de bienestar, ya que, además de lo anterior, el confort tiene esa cualidad de reunir a los sentidos con el sentido general de la vida. Y la lectura del libro permite entender cómo ese tipo de investigación sobre las transformaciones de los objetos y aparatos de la vida cotidiana permite desentrañar las sensibilidades de una época y se inscribe en un nuevo campo de trabajo para el historiador, el de las sensibilidades.

Una reflexión sobre los instrumentos domésticos que hoy son parte de nuestra vida cotidiana, objetos tan comunes y tan integrados que ya no los vemos, muestra cómo en un objeto intervienen varias dinámicas productivas que convierten a un “bien de consumo, o útil, o instrumento, o máquina” en un lugar significativo donde confluye finalmente todo un proyecto social. Desde ese punto de vista los objetos ya no son sólo mercancías u objetos anónimos, sino puntos de equilibrio donde intervienen ingenieros, médicos, planeadores y diversas clases de científicos sociales, etc. Michel Marié (con una elocuente metáfora de Giedion de 1947 que dice “una cuchara refleja muy bien al sol”) introduce su reflexión analizando la “lavadora a la francesa”, y explica que en un país como Francia, aún rural en su imaginario, con esa tradición aún viva “*des grandes lessives*” anuales, ese mueble tenía que ser grande, pesado, ruidoso, “lleno de dignidad”, mostrando que los objetos técnicos no son nada si alguien no los usa, los anima, y por lo tanto, están llenos de cultura y de historia, son el punto de unión de lo social con lo técnico.

Para los ingenieros esta noción de confort es muy importante, pues su finalidad es la de servir al cliente, que no haya inconformidad, máxime ahora que tienen

que apearse a normas sanitarias comunes para toda Europa y a normas restrictivas locales. El confort es un tema importante de reflexión, por lo menos por dos razones: a) porque es el fin de una época, la del estado de bienestar (*welfare state*), obtenido a cualquier costo o sin haber calculado los costos colaterales de ese progreso; b) porque la crisis actual representa una ruptura con aquel *boom* posterior a la segunda guerra mundial que ha generado angustias nuevas; por una parte, nos aferramos a ese confort que tanto trabajo costó adquirir, pero por otra, nos hace repensar en lo dispendioso de aquella época.

De la paradoja de la modernidad nace la angustia: justo ahora que para la parte más favorecida del planeta se observa que nuestro plato está lleno de comida, que nuestra agua es limpia y sale de la llave, nuestras casas son calientitas y están bien iluminadas y que por fin nuestros aparatos electrodomésticos son pequeños y no hacen ruido; justo pues en ese mismo momento en que nuestro confort parecía asegurado, resulta que gastamos más de la cuenta y que nos estamos echando al planeta y a las energías no renovables a una velocidad vertiginosa.

LA GRAN MISA DEL CONFORT

Los especialistas en la historia de las sensibilidades, Jean Pierre Goubert, Philippe Perrot y Georges Vigarello nos proponen un recorrido histórico de la noción de bienestar para demostrar cómo antes de la era de la técnica decimonónica ya había un primer estado de confort, aunque éste no fuera moderno. En la edad media se llamó: ESTAR BIEN y COMODIDADES en la revolución francesa, pero de

repente, el término confort aparece en Francia en la segunda mitad del XIX con una *M* (*comfort* del inglés que a su vez lo había tomado prestado del francés). En la época industrial la palabra ya quiere decir “técnica”, es decir, objeto técnico producido en serie para producir un cierto efecto de confort. Se entiende ya que el confort sólo puede ser moderno si consideramos que a finales del XIX todo parece ya haber cambiado: las casas, el transporte, las fuentes de energía, la calefacción, la luz y muchos objetos y técnicas nuevas que “hacen la vida confortable”.

Paralelamente a la división social del trabajo, subrayando la línea divisoria entre lo público y lo privado, aparecen objetos nuevos, vendidos a través de un nuevo medio de comunicación, la publicidad. Se deja al ingeniero y al técnico el cuidado de nuestro confort y éste se convierte en una suma de objetos técnicos que se vuelve imprescindible poseer. De repente, los técnicos serán quienes controlen la naturaleza y sus elementos: aire, fuego, tierra y agua; es decir, se da un “desempoderamiento” de los usuarios y un “empoderamiento” por parte de los técnicos sobre todos los actos de nuestra vida cotidiana.

De generación en generación hasta la “sociedad de consumo” que acuñaron los abundantes años sesenta, nunca se pensó que la multiplicación de objetos técnicos para el confort de nuestra vida cotidiana “podría tener un límite”, pero el despertar fue brutal, sobre todo en Europa, cuando las crisis energéticas repetidas derivadas de las crisis en el abasto de petróleo obligaron a todos a pensar de nuevo la construcción de viviendas y de ciudades más “económicas”, funcionales, pero con menor costo energético, es decir, se volvió a poner al CONFORT en la mesa de discusión.

Hoy en los países del primer mundo, como en ciertas partes de nuestro país, el confort se ha banalizado, ya no lo vemos pero sí lo resentimos de manera angustiante, sobre todo cuando falla alguno de sus elementos, el ejemplo más evidente sería la falta repentina de energía eléctrica. Pero si el poder ha pasado a manos de los técnicos y los tecnócratas, por suerte también ha ocurrido que al otro lado de la cadena productiva los consumidores a su vez manipulan, se apropian y reinventan los objetos inventados por otros.

EL CONFORT EN LA HISTORIA, UN OBJETO DE CULTO

Durante siglos, el confort quiso decir consuelo para los pobres y afligidos, pero ese sentido caritativo de la palabra parece ser obsoleto ya cuando estalla la revolución francesa, pues el *Diccionario de la Academia Francesa* dice: “confort, asistencia, ayuda, dar ayuda y confort es arcaico”. Las últimas décadas del antiguo régimen tenían una palabra para significar lo mismo, *commodité*. Esta palabra va a la par con la redistribución de los espacios interiores y, sobre todo, entre la aristocracia, con la creación dentro de las casas de lugares íntimos, separados de los de recibir, “*boudoir et chambre a coucher*”, y a esos espacios obviamente les corresponderán nuevos muebles, hechos con maderas olorosas y de pequeños formatos. Los muebles se van especializando, es la época de las cómodas estilo Luis XVI o de las cabinas de baño. Esta nueva repartición de los espacios cotidianos se acompaña de nuevos problemas que van a tener que resolver los arquitectos en las construcciones, estos expertos técnicos quieren controlar los

flujos: del aire, de la luz, de los olores, del calor. Por otra parte, influidos por la “medicina aerista”, recordemos con simpatía a esos higienistas antes de tiempo, que se obsesionan con el estudio de los aires e insisten, por ejemplo, en la aereación de lo que serán las futuras “máquinas de curar” (como llama Foucault a los hospitales).

El deseo de intimidad y el aumento de afecto familiar explican y transforman los espacios de la casa, y esa búsqueda de bienestar no sólo material responde a necesidades socioculturales. Así que cuando la palabra empieza a ser citada en los diccionarios del siglo XIX francés, el término confort no designa algo diferente, sino tal vez objetos más manejables, como las maletas de viaje o *nécessers*, pero sí refleja un cambio de los lugares y de las prácticas, de los usos y de los servicios. En el XIX se discute si el *comfort* (a la inglesa) es un lujo, algo que podría ser moralmente discutible, pero se concluye de una vez que lo comfortable es una parte fundamental del progreso moderno y el signo de una sociedad *polite* (cortés, educada, civilizada) que viene de Inglaterra como el progreso viene del frío.

EL BIDET O LA PALABRA IMPÚDICA

Palabra impúdica, dice Goubert, en un pequeñísimo pero hermoso último capítulo que dedica a ese mueble sanitario típicamente francés —*le bidet*—, pero cuyo nombre llegó a ser tachado por la mochería hipócrita del siglo XIX. La reflexión sobre ese objeto nos permite ver a través de las definiciones que proponen algunos diccionarios, tres tiempos o tres sensibilidades: el siglo XIX no quiere hablar de

él a pesar de que lo utiliza bastante, aunque escriba que sólo se usaba en “ciertas casas”. En el XVIII, el *bidet*, ancestro del confort sanitario, aparece como un mueble muy útil. Y como es un siglo libertino, por lo menos para los moralistas clericales, se hizo uso de él a profusión. Los artesanos franceses crearon unos muebles preciosos, parece ser que toda aristócrata que se respetara tenía el suyo y que incluso poseer uno daba un toque de superioridad cultural. En el siglo XX, en las décadas de los veinte y treinta, por fin se acepta hablar de él, justo cuando está a punto de desaparecer en los cuartos de baño vencido por la ducha a la inglesa. Durante décadas *bidet* rimó con burdel, pero tanto vituperio contra ese mueble tan práctico y desaparecido muestra cómo los moralistas siempre han querido evitar cualquier gesto que podría parecer autocrítico y, sobre todo, anticonceptivo.

EL LUJO Y SUS VICISITUDES

En unas cuantas pero hermosas cuartillas Philippe Perrot nos describe cómo poco a poco ese término tan amplio de “burguesía” va tomando la delantera social, y cómo por medio del dinero va adquiriendo el prestigio que antes sólo daban el nacimiento, la sangre, Dios. Ve ese movimiento de vaciamiento de legitimidad como un movimiento que sale de los castillos hacia las casas particulares, hacia los hoteles privados. Describe la victoria de la moral privada, del placer personal, sobre la moral pública del servicio al rey.

Cómo el prestigio del SER se cambia por el prestigio del TENER, y cómo por primera vez en la historia el pobre, que hasta entonces aceptaba su condición

frente al señor de derecho divino, empieza a sentir odio por el nuevo rico, envidia su suntuosidad. La aristocracia, que llevaba una vida de consumo y derroche por el honor y el placer sin jamás rebajarse a actividades indignas como el trabajo, el cálculo y el ahorro, quiere mantener lo más posible sus prerrogativas. El gran burgués comerciante o industrial y el aristócrata ya se pueden confundir en los gastos de prestigio y de representación, ya que éstos eran una necesidad, un deseo de parecer lo que no se es y de mejorar así las condiciones materiales de existencia.

El LUJO es justamente eso, procurarse una existencia agradable, con cosas fabricadas por la técnica. A fines del siglo XVIII aparecen los primeros críticos de ese lujo (Rousseau, por ejemplo), pero esas críticas son ineficaces porque para los estudiosos de los flujos económicos de la época, mercantilista y liberal, el lujo era justamente lo que hacía mover la máquina productiva, lo que aceleraba la circulación del dinero y movía al comercio y a la industria. La noción misma de "libertad" toma en cuenta algo nuevo, el derecho al bienestar, y el lujo contribuye plenamente a él.

Por otra parte, las marcas visibles de la desigualdad se van reduciendo, la teatralidad ostentatoria y dilapidatoria de las extravagancias de los grandes señores los conduce a la ruina. El lujo tranquilo, aburguesado, será "lo agradable" propio de una sociedad más igualitaria, discreto, útil y fruto del trabajo creador, a diferencia del fasto de sociedades más desiguales, aristocráticas. Esta noción emergente de lujo se verá en las casas (*home*) que se volverán el centro de esta nueva sensibilidad inaugurando una nueva sociabilidad.

El siglo XIX es el de una lenta marcha hacia la "igualdad" de condiciones, el de una repartición de riquezas más pareja, más democrática. Pero entonces, nos recuerda Perrot, aparece la envidia, el deseo de lo que el otro tiene, porque el cambio de una sociedad tradicional a la sociedad moderna se acompañó de una obsesión comparativa de ambiciones frustradas. Por otra parte, la época del ahorro, de la calma doméstica, de la moderación, puso fin a los placeres intensos, a la disipación libertina de la que se acusó al siglo XVIII.

Confort en el siglo XIX era por lo tanto sinónimo de seguridad, de calma, en una vida doméstica uniforme y de una aspiración colectiva al bienestar.

LOS AVATARES DE LO SUPERFLUO NECESARIO

El lujo sólo puede definirse en abstracto, es producto, es signo y es uso de la riqueza a partir de que pasa los límites de lo necesario o lo útil. De alguna manera costosa y demostrativa es un exceso particular, una abundancia, lo superfluo. Se define en función de lo necesario que tampoco es algo dado en la naturaleza. Por eso está reservado a una parte de la sociedad, pero es producido por muchos y sólo se manifiesta si hay jerarquías sociales, si hay un desequilibrio, el lujo desaparecería con la igualdad. El lujo y su opuesto, lo necesario, sólo existen y evolucionan uno por el otro y en función de cada cultura.

Objetos como la camisa, el calzón, el tenedor, el cepillo de dientes, el pañuelo, el jabón, el espejo y la cortina, o el arte culinario y sus productos exóticos como las especias fueron superfluos cuando apa-

recieron y, por lo tanto, condenados por los moralistas de su época, ya que no respondían a alguna necesidad vital y hoy no sólo son útiles, sino necesarios e imprescindibles para todos. El lujo, pues, implica un movimiento que va del privilegio suntuoso a lo normal y ordinario. Mientras más se extiende a todos, el lujo se vulgariza y banaliza, porque el prestigio no sólo está en lo caro, sino en lo exclusivo y en el deseo y la admiración que inspiran a los que no lo tienen. Pero por otro lado, el bienestar o su idea llegan a todos volviéndose un valor universal, aunque a través de las prácticas diferenciadas de ese bienestar las clases sigan distinguiéndose entre ellas.

Se ven muy bien las contradicciones de esta sociedad dominante tan segura de sí misma donde sus razones de ser son las de tener; ya sin legitimación divina el lujo puede expresar orgullo, pero sólo señala que es una riqueza trabajada, merecida, no heredada. Ahora el lujo es un fin en sí y lo que pretende es hacernos la vida aún más cómoda.

CONFORT E HIGIENE EN EL SIGLO XIX

Aunque en Francia este movimiento hacia el bienestar con aparatos modernos se dará muy lentamente, el *Diccionario de la Academia* de 1842 explica que confort quiere decir bienestar material, es la comodidad de la vida.

Los socialistas utópicos, como Considérant, reflexionan en torno a estas cuestiones y a la creación de nuevos espacios habitados en donde una vez más el control de los flujos estará en el centro de las preocupaciones. Le dan al concepto de confort un sentido de flujos bien controla-

dos, luz, agua, calor, gas, esa gran energía descubierta entonces que permite que se empiece a pensar en iluminar las ciudades a través de una red de gas y con canales para transportarlo.

La transformación de otros flujos, como el del agua doméstica, es más significativa y traerá un cambio en los comportamientos higiénicos muy importante. El ejemplo inglés es determinante para Francia. En Londres el agua sube a cada piso en los primeros decenios del siglo XIX llevada por canales y subida por la fuerza de la inercia, eso hace que aumente el consumo del líquido y que cambie radicalmente el paisaje sanitario, las sensibilidades, los imaginarios. Nuevas exigencias higiénicas cambian y obligan a que llegue el agua, pero también la gestión inédita del agua, de su uso y de su evacuación, transforma a su vez esas prácticas higiénicas.

En las casas burguesas se transforma primero el espacio, añaden o hacen un rincón dentro de los apartamentos para hacer un "baño", es decir, una olla con agua, a veces un *bidet* (sin tina aún) que recomiendan no cerrar para la buena circulación del aire (1839) y poco a poco se va generalizando este nuevo cuarto hacia 1860.

Después se introducirá la tina en esos espacios, aunque se lleve el agua a mano. Se transforma el espacio de todos los departamentos mucho antes de que llegue el agua individualmente; aunque esté presente en los imaginarios desde el XVIII, el agua en la llave de la casa será una realidad hasta la segunda mitad del siglo. Las ciudades y las viviendas se van transformando, los flujos urbanos obligan a metamorfosarse todo, se tiene que pensar en todos los problemas mecánicos que el agua

conllevaba, a su llegada y a la salida, en caños, fosas, desagües.

En 1880, los departamentos se construyen ya con cuartos de baño y eso será, a principios del XX, el distintivo de confort moderno. Otra evolución será la de los utensilios de baño y la distribución del baño mismo, también el calentador irá cambiando: de ser grande, ruidoso y alejado se vuelve pequeño y está cerca de la tina, facilitado por la llegada de gas a toda la ciudad (alrededor de 1900). La higiene burguesa proclama la unificación de los flujos, agua y gas y la estandarización de los instrumentos de limpieza.

Pero sobre todo, el baño se vuelve cada vez más un lugar totalmente íntimo y cerrado donde nadie más debe estar presente; así como se profundiza en la higiene, se refuerza la esfera privada, vemos su clara relación con la construcción de la intimidad y del individuo privado. Estas nuevas prácticas del confort a finales del XIX tienen poco que ver con el lujo, más bien con un trabajo de lo íntimo y una redistribución total del espacio, una nueva manera de atravesar el cuerpo por flujos que lo reconfortan y lo limpian en la intimidad del hogar.

LAS TRAMPAS DEL HADA ELECTRICIDAD

Desde su aparición en 1881, la electricidad será el centro de atención. Patrice Carré en el capítulo IV describe la explosión de una auténtica electromanía, donde interfieren tanto preocupaciones industriales como utopías de todo tipo. En los últimos 20 años del siglo XIX todos hablan del confort eléctrico, que se vuelve argumento publicitario. De 1880 a 1930 habrá tres tiempos en esa historia de la

electrificación en Francia que no son nada uniformes ni sencillos; van de un entusiasmo lleno de discursos calurosos e inflamados, hasta 1930, que analizan la difícil conquista del mercado francés.

La primera ola de innovaciones fundamentales en la electricidad se sitúa hacia 1840 con la telegrafía eléctrica inventada en Inglaterra y con el descubrimiento de la *galvanoplastia* (que utiliza la corriente eléctrica para platear el cobre). Pero será hasta 1880 cuando la luz eléctrica cause sensación; en Francia, incluso, aparece un periódico llamado *La Luz Eléctrica*. En la realidad se duda mucho de que algún día esa energía pueda reemplazar al petróleo o al gas, pero su claridad va ganando los espíritus, así que cuando Edison inventa la lámpara incandescente, que no daña los ojos, la luz se civiliza y puede entrar a las casas lentamente. Ahora los discursos sobre el confort siempre la tomarán en cuenta, y será un gran auxiliar para propagar la higiene moderna, pues la electricidad conllevaba virtudes purificadoras, no sólo porque no despedía humo y permitía tener espacios mucho más limpios, sino que prometía acabar con miasmas apuestos y desagradables manchas, la luz era pura, indolora y sin peligro, impedía incendios, era cómoda, práctica y, sobre todo, ahorradora de tiempo. El timbre, por ejemplo, reemplaza a la campana, y la máquina de coser con motorcito así como la plancha eléctrica serán valiosas ayudas para el ama de casa, elementos indispensables para el confort moderno que comienza, sobre todo, por la cocina, que es vista por los publicistas como un laboratorio.

Pero la electrificación de Francia es relativamente lenta en comparación con Estados Unidos, Inglaterra o Suiza, que

la adoptan rápidamente. Hasta 1920 empieza a difundirse realmente a lo largo del hexágono; para los franceses era una energía cara, un lujo dispendioso en el que pocos quieren invertir. Por eso se hacen campañas publicitarias en las escuelas explicando a los niños su poder higiénico; de casa en casa, demostrando sus enormes ventajas, la publicidad quiere convencer a la mujer moderna que podía liberarse gracias a la electricidad. El modelo de esa nueva mujer, con el pelo corto y aspirando, o sacando sonriente una sábana de una lavadora, llegaba de América en periódicos y revistas. Pero será hasta después de la segunda guerra mundial cuando los aparatos eléctricos se difundan en Francia, donde el refrigerador seguía siendo una curiosidad en 1954. Este artículo muestra cómo la sociedad francesa de la posguerra, tan ahorrativa, es tan poco receptiva a la innovación.

No sólo el dinero frenó la introducción de la electricidad en los domicilios, también hubo detractores morales de la luz; si por una parte la electricidad era un hada que iluminaba los hogares permitiendo ahorrar tiempo y esfuerzo, por otra también implicaba maleficio, pues el confort que podía procurar significaba decadencia, el fin de una época donde todo se hacía a mano con sirvientes que vivían con sus patronos toda la vida, se denuncia la iluminación dentro del cuarto conyugal y, por lo tanto, la perversión erótica de los sacros deberes conyugales y también en los burdeles; ahí se la acusa de promover el *voyeurismo*, permitiendo hacer teatros y trampas, favoreciendo el lujo y el engaño; en fin, para penetrar en los hogares la modernidad eléctrica debió tranquilizar los miedos.

SOL-LUZ, SOL-CALOR, ¿DOS CONCEPCIONES DEL CONFORT?

La última parte del libro es más técnica pero no por ello menos interesante. Para enriquecer la noción de confort el ingeniero Bernard Barraqué hace una historia de la movilización del sol en arquitectura y en urbanismo, ya que la búsqueda de luz ha ido a la par del higienismo. Relatará la controversia sobre la utilización del sol que se desató entre los arquitectos, a pesar de que la energía solar hacía mucho tiempo que había sido domesticada; es sólo a partir de 1968 que lo solar ha sido visto como una alternativa a lo nuclear, la nueva energía en boga.

Inscribe esta controversia en un debate entre los que ven al sol-activo (energía solar guardada en captadores por tecnología sofisticada en donde la luz está separada del calor) y los que lo ven como sol-pasivo (o bioclimático), donde lo importante era aprovechar todos los elementos naturales, sobre todo al sol para trabajar más en casa y producir todo ahí.

Desde 1760 la corriente neohipocrática asoció la noción de miasma con el estancamiento de las aguas y la falta de sol y luz, pero a finales del XIX ese interés por el sol se refuerza con Pasteur y la demostración de su acción microbicida; se sistematiza la utilización de las curas de sol contra la tuberculosis. En el XIX, en París los nuevos departamentos construidos tipo *hausmaniano* toman en cuenta la luz del sol, porque el confort iba de la mano con la luz.

Por eso la planificación urbana a su vez tiene que tomar en cuenta al sol, pero el higienismo ignoraba o más bien no aprovechaba el calor que producía el sol. Las nuevas técnicas constructivas y el cris-

tal permitieron la construcción de enormes edificios de cristal con fierro y provocaron que esa luz fuera vista como dispensadora de fraternidad. Se empieza a pensar en reciclar el aire, se aplican estas técnicas en proyectos utopistas, como el familisterio cubierto de ventanales donde la propiedad debía ser comunal (Godin llevó a cabo una experiencia comunitaria en Guise) apoyado en las teorías de Fourier de principios del XIX, quien proponía vidriar los espacios de circulación en un falansterio, que nunca realizó.

En teoría, esos lugares debían ser un espacio intermedio entre el afuera y el adentro, debían transparentar las relaciones sociales y familiares, lugares luminosos que por sí solos moralizarían a los obreros. Parece ser que ahí donde se llevaron a cabo este tipo de construcciones utópicas, en Bruselas por ejemplo, los investigadores encontraron que más bien funcionaron como espacios de delación más que de comunión entre almas gemelas y fraternales, ¿el palacio que se vuelve prisión?, se pregunta el autor.

Hasta antes de la primera guerra mundial no se pensó en movilizar el calor solar dentro de las casas, mientras que ya en la industria se usaba. En 1926 Bourgeois publicó un libro: *Aire, luz y calor* que ya muestra el cambio con respecto al aire, luz e higiene de finales del XIX. En 1930 se comienzan a realizar las primeras construcciones solares en Berlín, Chicago y algunas ciudades soviéticas.

Estas nuevas construcciones más pensadas permiten ver el nacimiento de una nueva relación con el cuerpo, que tiene que ver con los deportes, el ocio, el baño de sol, aunque sea en balcones y terrazas construidas ex profeso. Estas casas bioclimáticas o solares están orientadas hacia

el sur, lo que desató la polémica que opuso a los higienistas que estaban a favor de la orientación este-oeste que privilegia más la luz que el calor.

El debate activo-pasivo parece oponer dos concepciones de confort, el ligado al urbanismo funcional-mecánico del París del segundo imperio, que alinea y vuelve funcional la vivienda, en donde el sol es un factor de orden así como un microbicida, y el de la ciudad-jardín, cuya utilidad más orgánica y más natural expresa el deseo de reunir los momentos de la vida, rotos por la actividad asalariada, que centra la vida dentro de la casa y donde el sol es un recurso caluroso y luminoso.

¿No será esta movilización higienista de la luz solar la expresión simbólica de una mirada paternal autoritaria que las elites echaban sobre las clases populares, y justamente la búsqueda de calor solar simbolizaría el deseo de un papel menos autoritario del padre dentro de la familia y las elites?

EL DESTINO DE LA NORMA

El sociólogo Philippe Dard relata cómo, debido a las crisis energéticas contemporáneas, se ha tenido que reflexionar mucho en torno al gasto y al ahorro de energía, a las relaciones entre la elaboración de las normas sociales y la producción de las técnicas, que al final de la cadena llega a los habitantes, a las maneras diferentes de habitar, a la famosa demanda social, lo que conduce a pensar de nuevo en el confort doméstico. Porque si hasta 1940 la calefacción era la extensión del horno y de la chimenea, cuando se introduce en Francia la calefacción central en los edificios colectivos cambia completamente la

noción de confort y entran en juego nuevos elementos. Desde hace quince años ha aparecido una nueva figura en la concepción del hábitat: el ingeniero térmico.

El confort es ahora para los técnicos la ausencia de deseo corporal o fisiológico, el bienestar se define como el grado cero de cualquier excitación corporal, la desaparición de lo sentido. Las investigaciones analizan la calidad del aire, la ventilación, la manera de combinar la temperatura, la higrometría, etc., pues a fuerza de aislarlos, los edificios perdieron su permeabilidad y no queda más que abrir la ventana para aerar, lo que hace que se pierda la temperatura. Los investigadores han llegado a la conclusión de que la gente quiere apropiarse de sus departamentos, que ha aprendido a “talachear” para cambiarlos, porque piensa que el confort es ante todo la capacidad de escoger, el poder de prender y apagar, el controlar los aparatos y las técnicas; que la calefacción debe ser sentida, tocada; que los sistemas térmicos deben favorecer una gestión clara preocupada por la economía, pero no normativa ni moralizadora como antaño. Finalmente, lo que la gente quiere es una casa propia, ya que está comprobado que se ahorra mucho más cuando se vive en algo privado que colectivo.

CUANDO LA ARQUITECTURA SE VUELVE PROYECTO SOCIAL

El último capítulo, escrito por el sociólogo del equipo de constructores, Michel Peraldi, relata una maravillosa experiencia de remodelación, reequipamiento y mejoramiento de un edificio de vivienda popular (170 familias) llamado *Le Petit Seminaire* en Marsella, realizado por archi-

tectos, sociólogos, antropólogos, economistas, al que se le agregaron los albañiles y la propia gente.

Este lugar, que fue construido a finales de los años cincuenta del siglo XX en urgencia para los pobres *pieds noirs* que desembarcaban de Argelia, así como para los gitanos y africanos que llegaron a trabajar a Francia, estuvo desde el principio predestinado a tener un negro futuro, ya que fue una mala construcción, además con departamentos sin baño propio. Como era de esperarse, en poco tiempo se convirtió en un lugar con pésima reputación, donde la policía no podía entrar, con fuertes conflictos interétnicos y de violencia.

La remodelación arquitectónica llevada a cabo en la última década, animada y controlada por ese equipo de técnicos y de científicos sociales, permitió lograr cambios sociales impresionantes: los habitantes lograron reapropiarse de los espacios y lograron construir espacios nuevos de sociabilidad colectiva. Y como lo expresa con ternura uno de los comprometidos con el proyecto, todo cambió “una vez que el lugar se hizo territorio, el gitano pudo sedentarizarse y el árabe pudo volver a ser musulmán”.

Es probable que este libro que reporta análisis y experiencias típicamente francesas no será jamás traducido al castellano, pero esperamos que esta presentación provoque ganas de leerlo, ya que se encontrará en él una serie de análisis y de materiales que creo serán útiles para una reflexión más general en torno a la historia de las sensibilidades.

Fernanda Núñez Becerra
INAH-XALAPA